

el gran Kosciusko y otros patriotas quisieron resistir á la distribución definitiva de su patria en 95, fué el héroe de la guerra contra *los jacobinos ateos y regicidas*. Todo fué triunfo para la Coalición al principio y jamás había corrido Francia tamaño peligro; pero vencidos los ingleses en Holanda y deshecho los rusos en Suiza, la coalición quedó desbaratada. Bonaparte, abandonando su ejército en Egipto, se presentó solo en Francia: las discordias incesantes entre los directores y el incólume prestigio de Bonaparte en el ejército, le dieron ánimo, y en Noviembre de 99 (18 Brumario) disolvió los cuerpos colegisladores, suprimió el Directorio, y poco después, con el nombre de primer Cónsul, quedó dueño único de Francia: la victoria magnífica de Marengo (1800) dió el sello de la gloria á la naciente dictadura. La revolución, incapaz de organizar un Gobierno normal, acaba en *el Cesarismo*.

BIBLIOGRAFÍA.—La mejor historia dramática de la revolución es la de *Michellet*; de las historias generales de Francia, la más exacta en este período es la de *Darrest*.—Especiales: *Taine*, Hist. de la R.; Von Sybel, Hist. de Europa durante la R., y el admirable libro de *Sorel*, Europa y la Revolución, á quien seguimos de preferencia. Como compendio, el más útil es el de *A. Rambaud*: el tomo ya citado de *Lavisse et Rambaud: Vandal: El advenimiento de Bonaparte*, T. I (en pub).

EL REGIMEN NAPOLEONICO.

(1800-1815.)

Subdivisiones.—*La dictadura consular.*—*El imperio de Napoleón.*

I.

LA DICTADURA CONSULAR.

(1800-1804.)

1. Organización del Cesarismo.—La paz interior en Francia.—2. La paz europea.—Ruptura del Tratado de Amiens.—Fin del Consulado.

1. *La organización del Cesarismo. La paz interior en Francia.*—Había mucho de supersticioso en la admiración del pueblo francés por Bonaparte: no sólo era el hombre de la gloria, el de la maravillosa primera campaña de Italia; el de la fantástica expedición al Oriente (que instantáneamente se convirtió en leyenda lo mismo en el Valle del Nilo que en Francia); el desbara-

tador del gobierno de incompetentes (el Directorio) y de retóricos charlatanes (las Asambleas de los *ancianos* y de los *quinientos*) que habían estado á punto de hacer zozobrar á la República; el triunfador de la segunda campaña de Italia (Marengo) al fin de la cual había dictado la paz á Europa, sino sobre todo el hombre de *la buena estrella*, el de la prestigiosa buena suerte, el que veía realizarse cuanto intentaba. ¿Pero cómo no había de ser el afortunado por excelencia, el hombre providencial, si era el que había abierto las iglesias, restaurado los altares católicos y celebrado con el Papa un tratado de concordia (*el Concordato*) que daba fin para siempre al tremendo duelo entre la Revolución y el Catolicismo? La gloria nueva, el tino maravilloso y flamante del primer Cónsul hizo olvidar las tradiciones seculares, las glorias rancias de la vieja monarquía; la Francia nueva se sentía transformada por la Revolución y definitivamente unida á ella; pero por muchas de sus necesidades sentimentales, de sus hábitos heredados, habría querido que el conflicto entre la Revolución y el Catolicismo cesase para siempre; Bonaparte, Napoleón, como le llamaba el pueblo, simbolizaba y realizaba este *desideratum*; por eso la mayoría inmensa de los franceses se identificó con él. Esta fué la clave de su prodigiosa fortuna.

El primer Cónsul (que era el único en realidad, porque en sus manos concentró todo el poder) soñó, como era natural, un sueño de paz: *en el interior*, abriendo las puertas á los emigrados, aprovechando todas las competencias sin distinción de partidos, aplastando con la muerte ó la deportación á los que creía enemigos irreconciliables (á los republicanos resistentes, sobre todo, porque á los que no le opusieron resistencia los colmó de honores y de fortuna, convirtiendo á los regicidas y á los jacobinos en la aristocracia burocrática del *cesarismo* que se inauguraba) y llevando á cabo con una energía y un genial espíritu de legislador y administrador cuantas reformas podían realizar el programa de unificación y de concentración, iniciado por la monarquía y organizado implacablemente por la Revolución; así la patria francesa adquiría una cohesión y una consistencia estupendas; pero el Estado lograba una facilidad igualmente extraordinaria para entrometerse en todo y ordenarlo todo, lo que es, en suma, el despotismo, y si ese Estado tiene la voluntad de un tirano por solo motor, y esa voluntad es la de Napoleón, se comprenderá el carácter de aniquilamiento de toda libertad y de abdicación de todo derecho en manos de un hombre que fué lo que distinguió al régimen imperial en lo que se transformó el republicano al comenzar el pasado siglo.

2. *La paz europea. Ruptura del Tratado de Amiens. Fin del Consulado.*—Para obtener la paz exterior no había más que un camino: *desarmar*

á Inglaterra, ó por medio de la diplomacia y las concesiones, ó reduciéndola por la fuerza á la impotencia. Bonaparte intentó lo primero, y el deseo general de paz y la lasitud de los pueblos en lucha inacabable cerca de diez años hacía, y el aislamiento absoluto en que sus antiguos aliados y las potencias neutrales trataban de dejar á la que ya se llamaba «la Gran Bretaña,» produjeron una reacción en la opinión pública insular. Precisamente Pitt, el terrible adversario de Francia (como lo había sido lord Chatham su padre) había caído del poder, porque el Rey Jorge III, protestante fanático, se había opuesto á la adopción de una ley que instituía la igualdad civil para los católicos. El ministerio que le sucedió se vió obligado á seguir la corriente de la opinión, á pesar de que inauguró su política exterior apoderándose de Malta, amedrentando á los neutrales con un golpe espantoso y brusco, el bombardeo de Copenhague por Nelson (el formidable almirante que había destruído en Abukir, algunos años antes, la escuadra francesa que había conducido á Bonaparte á Egipto) y á pesar de que tuvo la buena suerte de que el tzar Pablo I, el gran admirador del primer Cónsul fuese muy oportunamente asesinado en Petersburgo.— En 1802 fué celebrada la paz de Amiens: los ingleses pusieron á Francia en condiciones de no poder intentar nada para disputarles la supremacía en el Mediterráneo; en cambio reconocieron los nuevos límites de la República en la orilla izquierda del Rhin, aceptaron la cintura de Repúblicas de que se había circundado desde Holanda hasta Italia y la dejaron intervenir en la nueva distribución de la confederación germánica, en que los príncipes protestantes tuvieron la preponderancia. Austria quedó casi nulificada en Alemania, Prusia muy aventajada y Francia con una especie de tutela general sobre Alemania.

Pero la paz de Amiens sólo podía ser precaria; tenían los ingleses que tomar incesantemente el pulso á la ambición de Bonaparte, que marchaba á pasos agigantados al poder absoluto, no sólo en Francia sino en Europa puede decirse; gracias á él podía Europa, en un momento dado, cerrarse á los artefactos ingleses, que aun no tenían organizados los mercados coloniales de sus industrias en auge; al mismo tiempo estaba Inglaterra resuelta á no permitir nada que pudiera amagar su supremacía marítima, y veía con profundo recelo la posible reunión de las flotas rusa, francesa, española, por ejemplo.— Una determinación del primer Cónsul anexándose la isla de Elba fué el pretexto: pronto Inglaterra manifestó todas sus exigencias, toda su voluntad de ir á la guerra: no devolvería la isla de Malta, que era la llave de Egipto, el cual era la llave de la India, que era la llave de la grandeza mercantil de Inglaterra.— Bonaparte exigía Malta y llegaba á escenas tumultuosas con el Embajador

inglés en París; la verdad es que no estaba aún preparado á otra guerra gigantesca por su debilidad marítima; los amigos de Inglaterra en Francia, es decir, de la paz, del goce tranquilo de las rentas y prebendas y placeres que el consulado les había proporcionado, le sugerían concesiones: en este camino fué hasta convenir en la cesión temporal de Malta.— Los ingleses no quisieron; exigieron la desocupación de Holanda, de Suiza. Era la guerra inevitable (Mayo de 1803).

Tenía que ser: lo repetimos para la mejor inteligencia de este conflicto que decidió del porvenir de Europa y el mundo. Inglaterra estaba resuelta á no permitir rivalidad marítima de ninguna: eso era para ella un dogma de orgullo y de propia conservación, y para lograr plenamente este fin estaba dispuesta á cualquier sacrificio. Impedir que el equilibrio en Europa se rompiese en favor de la supremacía de una nación sobre el Continente, era, pues, la máxima primordial de la política exterior de la Gran Bretaña. Por impedir la rivalidad marítima fué á todas las guerras del siglo XVIII; por impedir la supremacía napoleónica fué á la lucha épica desde Trafalgar á Waterloo.

El primer Cónsul comprendía esto á maravilla, y una vez desvanecido su efímero ensueño de una alianza con Inglaterra, se preparó, para luchar con ella, á adquirir en el Continente la supremacía que los ingleses tenían tanto, y poner de pié y armada contra la isla arrogante á la Europa entera. Por lograr este empeño Bonaparte conmovió á la tierra durante diez años, sumándolo con su ambición ilimitada de poder y de mando; no lo logró, pero sí la remoción de tanto interés, de tanta pasión y de tanta idea, que sin él los historiadores no aciertan á comprender cómo habría podido transformarse en menos de medio siglo el antiguo régimen europeo en otro definitivamente orientado hacia la democracia.

Naturalmente su ambición le sugirió el propósito de consolidar su personal supremacía sobre Francia, como el medio mejor de realizar su designio. Precisamente la facción monarquista (los partidarios de los Borbones y del antiguo régimen, *los legitimistas*), perdida ya la esperanza de convertir al primer Cónsul en un restaurador del derrumbado trono (el hermano de Luis XVI, que se hacía llamar Luis XVIII, le había escrito en este sentido ofreciéndole, con una inmensa fortuna, el título de *condestable*), menudeaban las conspiraciones manifiestamente encaminadas á deshacerse de aquel hombre privándole de la vida, que llegaron á poner en grave peligro, según parece.— Con objeto de aterrorizar á sus enemigos y de romper, sin remisión posible, con toda esperanza de avenimiento entre los Borbones y él, sacó por la fuerza, violando el derecho internacional, de una población alemana, á un sobrino de

Luis XVIII; lo condujo á Francia, lo hizo juzgar contra todo derecho común y lo hizo asesinar contra todo derecho humano. (El duque de Enghien.) — Terror general; general adulación: el Senado, confirmando lo que era en puridad un hecho, votó una transformación del consulado en imperio hereditario, encargando á Bonaparte del gobierno de la República con el título de *Emperador de los franceses*; Bonaparte que tomó el nombre de *Napoleón I*; el pueblo confirmó el Senado—Consulto con un plebiscito inmenso. Sólo se opuso en el Senado Carnot, el antiguo revolucionario *organizador de la victoria*.— Esto pasaba en Mayo de 1804; en Diciembre del mismo año, el Papa Pío VII, venido expresamente á París, coronaba y consagraba á la Revolución en aquel tirano genial que era hijo de ella y restaurador de los altares católicos.

II

EL IMPERIO DE NAPOLEON.

(1804-1815.)

1. El imperio: concentración absoluta en los órdenes político, administrativo, militar y docente. El Concordato. El Código civil.—2. La conquista de Europa: de Austerlitz á Tilsitt. El bloqueo continental.—3. Los levantamientos nacionales; la insurrección española; la campaña de Rusia; el alzamiento germánico.—4. Caída del imperio.

1. *El imperio: concentración absoluta en los órdenes político, administrativo, militar y docente. El Concordato. El Código Civil.*— Ya hemos visto á la Convención recoger más bien instintiva que reflexivamente, todos los poderes en sus manos terriblemente ensangrentadas y enérgicas. Se trataba de salvar juntamente la Revolución y la Patria unimismándolas.— El Consulado se orientó, desde el motín militar que le dió vida el 18 de Brumario, hacia la translación de esa potencia absoluta á las manos del Jefe del Poder Ejecutivo: asambleas legislativas, administraciones, ejército, todo abdicó rápidamente hasta el último resto de independencia en las manos, íbamos á decir *á los pies*, del primer Cónsul.— Las asambleas electorales, cada vez más reducidas por una selección admirablemente combinada para nulificarlas en tiempo del imperio, sólo funcionan cuando se organiza *el plebiscito* (porque el imperio mantuvo siempre la fórmula de que el origen del poder es el pueblo; por eso fué un *cesarismo*), y el *plebiscito* consiste en una consulta á la nación electora propuesta siempre en forma de pregunta á que debe responderse *sí ó no*. Decir no, equivalía á declararse radicalmente en contra de un gobierno sin substi-

tuirlo por otro, lo que era *la anarquía*, lo que nunca podía hacer la masa tímida y conservadora de una nación que, en consecuencia, votaba *sí*.— Los plebiscitos fueron la base inmensa y deleznable del despotismo imperial. Encima había un *Senado* que, como el romano de los tiempos imperiales, y formado directamente por el Emperador, nombraba á su vez al *Cuerpo Legislativo* que no deliberaba, que apenas votaba *el presupuesto* y que de hecho fué á la postre suprimido. El Senado, que daba decoro y pompa al despotismo, llamaba á sus disposiciones *Senado-consultos*, siempre sugeridas por el amo.— En el orden administrativo la concentración fué tremenda: desde *el Consejo de Estado*, que elaboraba las leyes y era un supremo tribunal administrativo, hasta la última municipalidad de la más pequeña *subprefectura*, nada podía hacerse sino con el beneplácito imperial; el Emperador lo disponía todo, lo administraba todo y lo vigilaba todo; esta centralización administrativa, sueño de los monarcas absolutos y que Napoleón realizó con prodigiosa y enérgica perseverancia, aun dura en Francia casi intacta, y casi todos los pueblos de origen latino han tendido á imitarla, aun bajo las formas anticoncentralistas y federales.— El ejército en manos de Napoleón era un instrumento; *él* era su alma: disciplina implacable, exaltación sistemática del honor militar (*la legión de honor* fué una especie de sacramento militar, en que bajo las especies de *honor y patria* se simbolizaba el culto del Emperador); estímulo de recompensas que podían llegar hasta convertirse en cetros y coronas (dos generales de Napoleón, Bernadotte y Murat, fueron *reyes*; la familia del primero reina en Suecia todavía), ó en principados, ducados y condados con magníficas rentas (la nobleza creada por Napoleón forma todavía parte considerable de la nobleza francesa que aun tiene influencia social, aunque ninguna significación política). Pero como Napoleón hizo un consumo por tal modo formidable de soldados, resultó que tuvo que renovar el ejército sin cesar, y el *instrumento de lucha* se le quebró en las manos.— Napoleón concentró también la enseñanza é hizo de la *Universidad* de Francia un cuerpo monopolizador, único que en realidad podía impartir, bajo la inspección celosa de los agentes imperiales, la enseñanza secundaria y superior.— La enseñanza primaria, muy restringida, estaba encargada á la rutina irremediable de las escuelas del clero.— Lo que Napoleón quería era que la Universidad educara á la burguesía en la devoción del imperio y la hiciese apta para servirlo y sostenerlo.

El *Concordato* fué un tratado de paz celebrado entre la Revolución representada por un gobernante absoluto de hecho (todavía era Bonaparte *primer Cónsul*) y la Iglesia católica representada por su jefe absoluto, el Papa. La Iglesia convenía en que las ideas y los intereses creados por la Revolución